

NON OMNIS MORIAR: NO MORIRÉ DEL TODO. EL GRAN POETA LÍRICO ROMANO QUINTO HORACIO ANUNCIA SU INMORTALIDAD EN DOS MAGNÍFICAS ODAS.

■ Enrique Puentes Sánchez*

Hace algún tiempo publiqué en esta revista un artículo en el que comenté cómo trata Horacio en sus odas la idea de la muerte. En el título de ese artículo puse al principio la misma frase latina que pongo ahora en el título de este nuevo escrito: “Non omnis moriar, no moriré del todo”. Lo he hecho así porque de una manera u otra se relacionan la idea de la muerte en general y la idea de la inmortalidad del poeta en particular. Sobre la muerte, el concepto más manejado por Horacio es la absoluta certeza de que para todos es una realidad inevitable; sobre su particular inmortalidad, expresa con absoluta seguridad que la alcanzará a través de sus poemas.

Acerca de sus odas, recordaremos que escribió cuatro libros que contienen estos sus más bellos poemas. El libro primero es el que contiene más, son 38; el libro segundo tiene 20, el tercero cuenta con 30 y el cuarto con 15. Ya sabemos que el cuarto es un colofón que no pensaba escribir, pues como veremos más adelante, en la última oda del libro tercero da por terminada su obra lírica. Y aunque es indudable que sus odas y épicos son los que más lo immortalizan, conviene agregar que también una de sus epístolas, la dirigida a los hermanos Pisón, coopera fuertemente

a su supervivencia. Esta epístola es conocida como Arte Poética, pues en ella da reglas de cómo escribir literatura. Estas reglas perduraron y obligaron a todos los escritores durante dieciocho siglos, hasta que advino el Romanticismo.

Así pues, son dos las odas en que habla enfáticamente de su inmortalidad. Son ellas la vigésima y última del libro segundo, dedicada a su dialecto Micenas; la otra es la más famosa, la trigésima del libro tercero, dedicada a la musa Melpómene. Con todo gusto apporto aquí el texto latino de ambas, seguidas cada una de mi traducción al español. Seguirá también a una y otra el correspondiente comentario.

Oda a Mecenas

Non usitata nec tenui ferar
Pinna biformis per liquidum aethera
Vates, neque in terris morabor
Longius invidiae maior.

Urbes relinquam. Non ego pauperum
Sanguis parentum, non ego, quem vocas,
Dilecte Maecenas, obibo
Nec Stygia cohibebor unda.

Iam iam residunt cruribus asperae
Pelles et album mutor in alitem
Superne nascunturque leves
Per digitos umerosque plumae.

Iam Daedaleo notior Icaro
Visam gementis litora Bospori
Syrtesque Gaetulas, canorus
Ales, Hyperbotresque campos.

Me Colchus et, qui dissimulate me tum
Marsae cohortis, Dacus et ultimi
Noscent Geloni; me peritus
Discet Hiber Rhodanique potior.



Calaveras en bicicleta

*Licenciado en Letras Españolas y Maestría por la UANL. Actualmente maestro jubilado de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela Preparatoria Núm. 3 de la misma institución.

Absint inani funere neniae
Luctusque turpes et querimoniae;
Compesce clamorem ac sepulcri
Mitte supervacuos honores.

Traducción

Me llevarán por transparente éter
Inusitadas, poderosas alas.
Biforme vate, vencedor de envidias
Dejo la tierra, las ciudades deajo.

Hijo de un pobre padre, yo, Mecenas,
A tu rica mansión siempre invitado,
No moriré ni en la laguna Estigia
Me oprimirán jamás negros ondajes.

Más ruda piel mis piernas ya recubre.
¡En blanco cisne ya me transfiguro!
Y nacen de mis hombros y mis dedos
Levísimos y cándidos plumajes.

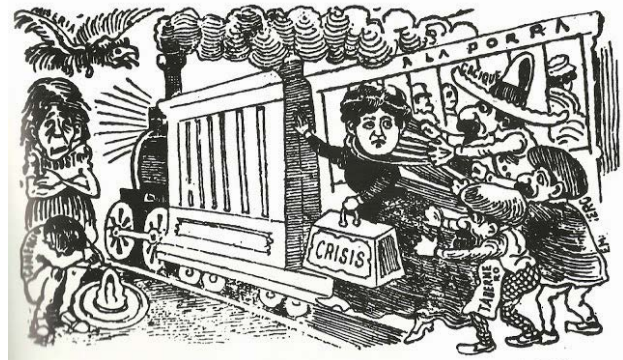
Más célebre que Icaro y que Dédalo,
Ave canora, yo veré del Bósforo
La playa rumorosa y a los Gétulos
Y los helados campos Hiperbóreos.

El Colco me oirá, oíráme el Dacio
Que el miedo oculta a la cohorte Mársica.
Me oirá el Gelono, el Ibero docto,
El Galo ribereño del río Ródano.

No haya en mi cenotafio plañideras
Con gritos y lamentos vergonzosos.
Reprime llantos, de mi tumba aleja
Honores propios del que pasa ignoto.

Comentario

La afirmación de su inmortalidad es perentoria en los versos del cinco al ocho latinos. La repetición “Non ego...non ego” es muy fuerte y con ella se nota la absoluta seguridad que el poeta tenía de su supervivencia. La afirmación se refuerza con otra muy enérgica en el verso ocho: “Nec Stygia cohibebor unda, ni seré retenido por la onda Estigia”. La Estigia era la laguna por la que juraban los dioses con juramento irrevocable. Véase para confirmar esto último la Fábula de Faetón de Ovidio en el Libro Segundo de Las Metamorfosis.



Lo que viene al Centenario

¿Cómo se hará realidad todo esto según la imaginación poética de Horacio? Con un extraordinario y vigoroso vuelo a través del espacio transparente, porque como poeta él es un cisne que ya no vivirá en la tierra pues abandonará la gran ciudad donde ha transcurrido su existencia. De esa manera vencerá las envidias que lo han acosado a causa de sus magníficas poesías.

Mas para realizar ese vuelo el poeta necesita transformarse en ave. Y he aquí que del verso nueve al once nos detalla su transformación en cisne. Es cierto que Horacio no usa la palabra latina “cycnus” (cisne), sino la palabra “ales” (ave); sin embargo, nosotros entendemos que esa ave es el cisne, porque siempre la literatura ha convertido a los poetas en cisnes. Por lo tanto él dice que se está convirtiendo en blanca ave, y que su piel toma las características de la piel de las aves; añade que por dedos y hombros le aparecen ligeras plumas.

Ya en el verso trece compara su vuelo de inmortal con el vuelo de Icaro y Dédalo; asegura que, como ellos, visitará los litorales del murmurante Bósforo y los peñascos de las Sirtes africanas. Volará también hasta las regiones polares para contemplar los campos hiperbóreos. Llegará hasta la Cólquide, región del Asia Menor, famosa por la bruja Medea, por los venenos y por el Vello de Oro. Lo conocerán también los Dacios, al norte del río Danubio, pueblo belicosísimo sólo domado por el emperador Trajano a principios del siglo II de nuestra era. Será leído igualmente por los Gelonos (verso 19), pueblo de la región llamada Sarmacia que estaba situada al oriente del Mar Negro.

Todos los lugares y pueblos citados en el párrafo anterior de este artículo, se encuentran o se

encontraban hacia el oriente de Italia. Ya en el verso 20 del texto latino el poeta vuelve su mirada hacia el occidente. En ese verso asevera que lo aprenderán el docto ibero y los que beben el agua del río Ródano de la Galia. “Peritus Hiber” dice Horacio y con esas palabras reconoce la erudición que había ya en la península ibérica, lo cual comprobará un poco más tarde el filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca. Las miradas del poeta hacia oriente y occidente llegaron hasta lo más lejano que abarcaba el Imperio siguiendo ambos puntos cardinales.

Los últimos cuatro versos (del 21 al 24) sirven para corroborar su inmortalidad. En su cenotafio no debe haber plañideras porque él no está muerto, pues se ha transformado en cisne inmortal. Ni llantos vergonzosos, ni quejas, ni torpes clamores. Y mucho menos —dice el último verso— innecesarios honores frente a mi sepulcro.

Oda a Melpomene

Exegi monumentum aere perennius
Regalique situ pyramidum altius,
Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere aut innumerabilis.

Annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar, multaque pars mei
Vitabit Libitinam. Usque ego postera
crescam laude recens, dum Capitolium.

Scandet cum tacita virgine pontifex.
Dicar qua violens obstrepit Aufidus
Et qua pauper aquae Daunus agrestium
Regnavit populorum, ex humili potens,
Princeps Aeolium carmen ad Italos
Deduxisse modos. Sume superbiam
Quaesitam meritis et mihi Delphica
Lauro cinge volens, Melpomene, comam.

Traducción

Di fin a un monumento que dura más que el
bronce,
Más alto que pirámides
De Egipto y faraones.
La lluvia destructora y el Aquilón potente
No podrán derrumbarlo ni el flujo de los tiempos,
Ni en incontable serie los años venideros.

¡No moriré del todo!

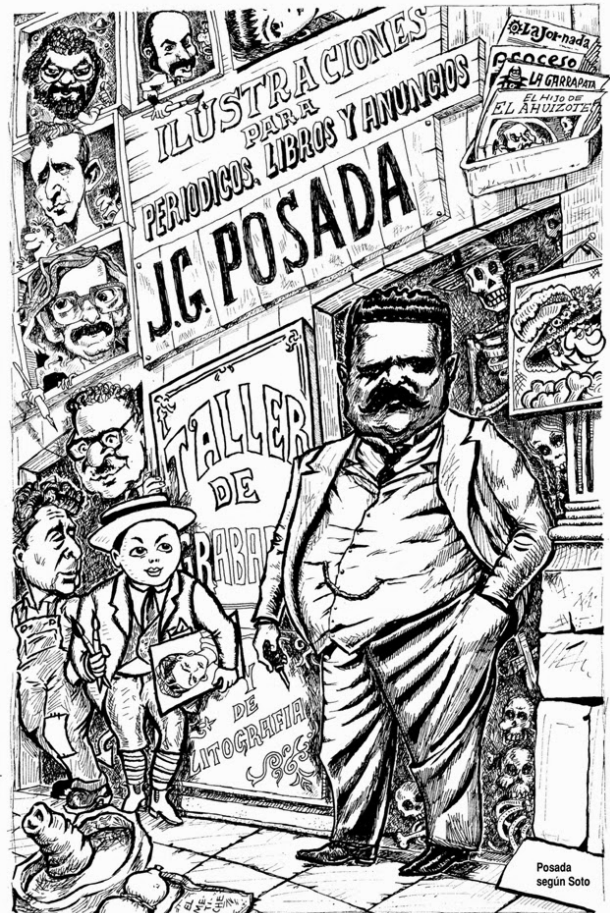
Gran parte de mí mismo no sufrirá la muerte.
Creceré siempre nuevo
En la alabanza póstera,
Mientras al Capitolio suba el rico pontífice
Con la vestal silente.

Allá por do saltando brama violento el Aufido,
Donde, sin agua, Dauno rigió salvajes pueblos,
Dirán que siendo humilde y llegando a poderoso
A Italia fui el primero
Que traje el ritmo Eolio.

Este orgullo recibe, Melpómene divina,
Labrado con tus dones,
Con Delficos laureles ciñe propicia, ¡oh Diosa!,
Mi cabellera altiva.

Comentario

He aquí el otro poema donde Horacio proclama su inmortalidad. Se lo dedica a la musa Melpómene,



Posada Según Soto

cuyo nombre curiosamente aparece hasta el verso 16, último de esta célebre oda. También es curioso que el poeta invoque a Melpómene, que no es musa de ninguna clase de poesía, sino de la tragedia. Esta oda es más corta que la XX del libro segundo, pero la frase clave del poema, aunque dice lo mismo que la del otro, es mucho más famosa y conocida. Probablemente son el énfasis y la síntesis los que ganan. “Non omnis moriar” (No moriré todo), le gana a la repetición “Ego non...non obibo” (Yo no..., no moriré).

Mencionaremos la similitud de ambas odas: una y otra son las últimas del libro segundo y del libro tercero. Pero la similitud no es total, porque la primera asume en forma general el tema de la inmortalidad; la segunda, en cambio, aunque maneja el mismo tema, corona especialmente la obra lírica del poeta, quien con ella quiso poner punto final a sus tres libros de poesía. “Exegi monumentum, he terminado un monumento” dice Horacio, y traduzco literalmente la palabra latina “monumentum”, porque enseguida compara su obra con los famosos monumentos de las pirámides egipcias.

Pero en el primer verso hay algo que hasta ahora no he visto comentado en ninguna crítica de esta oda. El autor afirma que su monumento es más duradero que el bronce: “aere perennius”. A lo que quiero referirme es a la comparación con el bronce y no con un metal precioso como el oro o la plata. ¿Será porque el bronce se usa más en los monumentos y edificios? ¿Sería porque las palabras latinas “aurum” y “argentum” no le servían en la métrica del verso? ¿O la aleación del cobre y el estaño es más resistente que los metales puros?

La comparación con las pirámides egipcias es muy válida. Eran o son una de las siete maravillas del mundo antiguo y probablemente Horacio las visitó. El comparativo “altius” que el poeta utiliza no puede ser entendido aquí como más alto, es decir, no se puede referir a la altura. “Altus”, el adjetivo latino, también significa insigne, grandioso. El poeta quiere decir aquí que sus poemas son más insignes que las pirámides africanas.

En los versos del tres al cinco sostiene que a su monumento no lo podrán destruir ni la lluvia voraz (imber edax), ni el aquilón, impotente ante él; ni la serie incontable de los años, ni el eterno flujo de las estaciones. Expresa la idea de que los

demás monumentos sí son dañados por todos esos fenómenos que él ha nombrado. ¿No es cierto que la esfinge, las pirámides, el Coliseo Romano y hasta las estatuas de los héroes olímpicos han sufrido fuertes daños de los fenómenos naturales y del paso de los tiempos? ¿Acaso no han desaparecido los enormes Budas Asiáticos y las estatuas de los dioses grecorromanos? Los poemas de Horacio siguen vivos y radiantes en el mundo de las letras.

Por eso mismo el poeta ha afirmado “Non omnis moriar” y “Multa pars mei vitabit Libitinam”: “Gran parte de mí evitará a Libitina”. Esta última era una diosa romana que presidía los honores funerarios. A este respecto recordemos que griegos y romanos practicaban la cremación, lo cual recuerda Horacio en la oda a su amigo Septimio, al que pide esparcir sus cenizas con las debidas lágrimas.

En los versos del 7 al 9 sostiene que él crecerá continuamente en la alabanza de la posteridad; asegura que esto sucederá mientras el pontífice suba al Capitolio con la silenciosa virgen. Pues se quedó muy corto, porque el Imperio Romano desaparece hacia el siglo V de nuestra era y con él desaparecen el Sumo Sacerdote romano y las vestales. No se sabe a qué ceremonia se refirió exactamente el poeta; podía ser la ceremonia particular en que una vestal subía al Capitolio a la derecha del pontífice; también podía ser la solemne ceremonia anual en que la Virgen Máxima subía al templo de Júpiter Capitolino a hacer votos por el bien del pueblo. Este acto religioso se verificaba exactamente en los idus de marzo. Por último, es posible también una referencia a las procesiones generales, en las que no



Grabado de José Posada

podían faltar el Sumo Sacerdote y las vestales.

A partir del verso 10 y de allí hasta el 16, el poeta ratifica su inmortalidad; lo hace volviendo la mirada hacia la región italiana de donde él era originario, la Apulia, y más exactamente la ciudad de Venusia. Comienza solemnemente con un verbo latino en tiempo futuro y en voz pasiva: DICAR. Por su sintetismo esta forma verbal es muy fuerte, rebosa de intensidad; es el verbo latino “dicere”, en su significado de celebrar. “Dicar” se traduce “yo seré celebrado” y esta expresión es muy justa, aunque el mismo poeta en el verso 14 la llame “soberbia”.

¿Dónde será celebrado? Proporciona dos datos: allá por donde corre ruidoso el río Aufido (ahora Ofanto) y donde Dauno gobernó una región escasa en agua. ¿Por qué será celebrado? Afirma que porque fue el primero en trasladar la métrica griega de Alceo a la poesía latina. Y finalmente se dirige a Melpómene propiamente en los últimos dos versos con una petición que he traducido libremente de la siguiente manera:

“Este orgullo recibe, Melpómene divina,
Labrado con tus dones.
Con délficos laureles ciñe propicia, ¡oh diosa!,
Mi cabellera altiva.

Final

Marco Tulio Cicerón en su discurso en favor de Pompeyo dice: “Huius autem orationis difficilium est exitum quam principium invenire. “De este discurso es más difícil encontrar la salida que el principio”. Y yo recuerdo esta frase del gran orador, porque ahora me encuentro en el mismo caso. Porque aquí tenemos que preguntarnos si Horacio ha alcanzado la inmortalidad. Si la ha alcanzado, cómo la obtuvo, ¿cómo él lo pensó o de manera muy diferente? ¿Nada más por sus lectores según las dos odas que hemos comentado, o también por sus traductores, sus imitadores y sus comentaristas? Labor grata e ingrata al mismo tiempo, si quisiéramos abarcar todo lo que hay escrito de esto a través de veinte siglos. Y vamos sobre el veintiuno.

La pregunta de si Horacio alcanzó la inmortalidad, está de más. Contra hechos no hay argumentos y los hechos son que sigue siendo leído, traducido, estudiado y comentado. El es de los gigantes de la antigüedad junto con Virgilio y Ovidio

y también con los griegos Píndaro, Anacreonte y Alceo. Escribió en la lengua latina, el idioma de la República romana y del más famoso imperio que se ha conocido, el Imperio Romano de Octavio Augusto. No quiso escribir en griego, aunque por sus escritos se nota que lo dominaba ampliamente.

La inmortalidad la alcanzó primero como él lo anunció: a través de todo el Imperio, porque él lo creía eterno. Pero cuando cayó el Imperio Romano y sobre todo cuando se descubrió América, la belleza de su poesía se extendió por todo el mundo. Ha sido traducido a muchísimos idiomas, ha sido imitado en muchos de ellos y los comentarios acerca de todos sus escritos son incontables, especialmente en los países de mayor cultura. No quiero aventurarme a citar nombres, sería como nadar en alta mar.

“Carpe diem” y “Non omnis moriar” son sus frases más célebres y más conocidas. La primera la encontramos en la brevísima oda XI del Libro Primero, dedicada a su amiga Leucónoe; la segunda en la oda XXX del Libro Tercero, la cual aquí hemos comentado. Muchas otras frases de profundo sentido pueden extraerse de sus obras, todas en verso. Con mucho gusto lo haré en otros artículos que espero poder escribir.



Calaveras de José Guadalupe Posada